

el uso catequético de las imágenes del Pastor divino, el signo de Jonás, Moisés, el sacrificio de Abrahán, Daniel, los tres jóvenes y Susana, Noé, Adán y Eva, Lot y su mujer, y los combates de David. Estas imágenes visualizaban y ayudaban a recordar las enseñanzas cristianas que de ellas deducían los Santos Padres en sus catequesis: eran los medios de comunicación de entonces. Añade la autora una selecta orientación bibliográfica sobre cada uno de los temas desarrollados en los once capítulos.

E. Peña

ESCRIVÁ DE BALAGUER, JOSEMARÍA., *Camino*. Edición crítico-histórica preparada por Pedro Rodríguez, 3.^a edición, corregida y aumentada, Madrid, Rialp, 2004, XLII, 1237 pp. ISBN: 84-321-3503-8.

Hace solo dos años veía la luz la primera edición de esta magna edición crítica de *Camino*, de más de mil doscientas páginas de buen formato. La magnitud de la empresa se comprende fácilmente, si se tiene en cuenta que el original es un libro de bolsillo, en algunas de sus ediciones una agenda. Tras una segunda edición que se limitaba a corregir algunas erratas, aparece esta tercera, renovada a fondo. Pues todo el comentario ha sido revisado, a veces reescrito, y aumentado, con un incremento de 48 páginas. Lo que quiere decir que el estudioso no puede contentarse con la primera edición, so pena de perderse valiosas informaciones y comentarios sobre la obra de San Josemaría Escrivá.

¿Cuál es el género literario de esta edición? Lo dice el subtítulo: «edición crítico-histórica». Primero contiene una edición crítica del texto, puesto que colaciona las veintinueve ediciones (una, doble) que se hicieron en vida del autor, fijando el texto tanto en sus palabras como en su puntuación. El segundo término, «histórica», nos está diciendo que pretende reconstruir la historia de cada uno de los 999 puntos de la obra original. Esto se ha podido hacer con gran exactitud (baste decir que solo 6 puntos no se han podido fechar), porque Escrivá guardaba sus escritos, y los puntos de *Camino* suelen estar entresacados de ellos. Pues se trata de frases tomadas por su autor (con retoques redaccionales) de sus apuntes espirituales, de su correspondencia (también de sus corresponsales) y de sus esquemas de predicación. De modo que de casi todos los puntos de *Camino* se pueden indicar sus fuentes. Es más, se pueden explicar e ilustrar por sus fuentes.

Ello hace que esta edición resulte muy superior a las ediciones normales de *Camino*. Quiero decir que lo amplifica. Las fuentes son también el mismo Escrivá. En esta edición se multiplica el autor. Es decir, que los textos originales, aquí reproducidos, son mucho más ilustrativos que los puntos que se entresacaron de ellos. También desde el punto de vista espiritual. Por ejemplo, el punto 555, sobre la llaga de la mano derecha de Cristo, queda mucho más enriquecido como lectura religiosa, leyendo el contexto y la experiencia espiritual que le dan origen.

Las fuentes ayudan también a comprender los destinatarios y el alcance de la obra. Que es un libro escrito para jóvenes es evidente por el mismo texto, y se ha dicho desde sus primeros comentarios, como la temprana recensión del dominico P. José Manuel de Aguilar: «Es un libro juvenil —recio, sugestivo y profundo— que ha sabido recoger las inquietudes y problemas del joven» (*La ciencia tomista*, 67, 1944, 382). Es un libro de formación, como se desprende claramente de los títulos de algunos capítulos (*Carácter, Estudio, Formación*), dirigido principalmente a jóvenes y universitarios. Pero además,

como se ve por el comentario, pensando en los miembros del Opus Dei. Se desprende de las fuentes, aunque al mandarlo a la imprenta Escrivá suprimiera las referencias a la Obra. Por ejemplo, el punto 453 dice: «¿Murmuras? —Pierdes, entonces, el buen espíritu». El apunte original decía: «¿Murmuras? —Pierdes, entonces, el espíritu de la Obra». El punto 381 estaba repetido y en 1950 se substituyó por otro nuevo, pero significativamente se escogió uno de tema «corporativo» (del Opus, como queda diáfano en el texto del que procede). También los puntos de doctrina espiritual universal proceden muchas veces de la predicación de Escrivá a los miembros de la Obra (véase el comentario al punto 234), aunque el autor suprimiera esa referencia.

Pero decir que es un libro dirigido a jóvenes no nos da una descripción completa de *Camino*, puesto que igualmente se proponen principios espirituales de alcance universal. El P. Aguilar, ya mencionado, añadía a continuación del texto transcrito: «Pero es obra de madurez al mismo tiempo, porque cada sentencia encierra y denuncia un tesoro riquísimo de experiencias apostólicas y de preocupaciones sobrenaturales». Ya he dicho que muchos de los puntos de *Camino* proceden de los apuntes espirituales del autor, y por ello nos encontramos con profundos pensamientos de espiritualidad válidos para todas las gentes.

Volviendo a lo de «edición histórica», hay que añadir que no se limita a la historia del texto. Los largos comentarios, a veces de varias páginas, dan a conocer muchas vicisitudes de la vida de su autor y del Opus Dei. Los miembros de sus primeros tiempos aparecen citados con mucha precisión histórica. La figura y la espiritualidad del fundador quedan desarrollados en muchos puntos, como en el citado 555, y en el 267 o el 302, por mencionar solo un par entre muchos.

Por último, los comentarios «históricos» alcanzan también a la historia de la espiritualidad, puesto que Pedro Rodríguez se esfuerza en rastrear los antecedentes de los puntos de *Camino* en la espiritualidad y en la teología cristiana, desde la antigüedad patristica hasta los tiempos modernos. Por ejemplo, aquí y allá, subyace el punto espinoso de la conciliación del amor puro y de la esperanza cristiana. Escrivá lo trata con perfecto equilibrio y Pedro Rodríguez nos ilustra sobre su historia y problemática (en el punto 182 y en los que cita al final de ese comentario). O en el punto 207, donde explica la doctrina del aborrecimiento de sí mismo, según el Evangelio y la tradición. Los Concilios, San Agustín, San Juan Crisóstomo, Santo Tomás, San Ignacio de Loyola, Santa Teresita, San Pedro Poveda, vienen a mostrarnos que el pensamiento de San Josemaría se inscribe en una tradición milenaria.

Recapitulo con lo que dije al principio: esta edición crítico-histórica es mucho más rica que el mismo original, en cuanto que es una amplificación a partir de las mismas fuentes. Y con otros desarrollos, incluso divertidos, como el de la tragedia de la mantequilla (punto 205). Verdaderamente admira el que una sola persona haya recopilado tanta información. Por último, varios cientos de páginas entre introducciones, anexos y apéndices hacen de esta obra una suma total sobre *Camino*.

También quisiera decir algo sobre el género literario de *Camino*, que Pedro Rodríguez examina (p. 153-167). Pone varios ejemplos de obras de estructura semejante, de autores clásicos como Santa Teresa y San Juan de la Cruz, así como de autores modernos, como el jesuita Raoul Plus, el Beato Manuel González y San Pedro Poveda. Quizás se podría añadir la recopilación de máximas teresianas que hizo y difundió San Enrique de Ossó, con el título de *El espíritu de Santa Teresa de Jesús* (1894), y que es, como se dice en el subtítulo, una «colección completa de los

pensamientos, sentencias, máximas y afectos más notables de la Santa, sacados á la letra de todas sus obras»

Ahora bien, no todas las colecciones de pensamientos breves e independientes pertenecen exactamente al mismo género literario, pues el género literario no depende solamente del modo fragmentario de exposición, sino también del género y estilo en que están redactados estos textos breves. Está claro que un refrán no es lo mismo que un aforismo. Hay una constelación de términos para referirse a tales textos, términos que no son estrictamente sinónimos: sentencias, máximas, dichos, adagios, proverbios, refranes, apotegmas, oráculos, aforismos... Todos son parecidos, pero no todos son iguales. La dificultad está en que las definiciones de estas palabras en los diccionarios son muy imperfectas o genéricas y apenas se diferencian. Pedro Rodríguez (p. 154) expone la opinión de Gondrard, que sitúa los puntos de *Camino* en el género de las máximas o sentencias, aunque distinguiendo en ellos distintos subgéneros. Langlois quiere precisar más: serían aforismos. Aunque los diccionarios no distinguen bien unas palabras de otras, la aforística, en mi opinión, es un género distinto. El aforismo suele ser una máxima de gran agudeza, de tipo filosófico y más o menos paradójica. Con ironía, juegos de palabras, densidad poética (poesía sólida, frente a la líquida de los versos, según un autor). Pretende enseñar desconcertando. Y procura obligar al lector a que se detenga a desentrañarlo. Por eso una verdadera colección de aforismos no puede ser una obra de lectura continuada.

Mientras que lo que más caracteriza a los puntos de *Camino* es su estilo dialogante. Un ejemplo tomado al azar, en el punto 264: «No te desalientes. —Te he visto luchar: tu derrota de hoy es entrenamiento para la victoria definitiva». Esto no es una máxima, ni una sentencia, ni mucho menos un aforismo. Esto es, sencillamente, un consejo. Por eso creo que, respecto al género literario, acierta Pedro Rodríguez (p. 155) al situarlo entre los «consejos» y las «consideraciones espirituales», que es precisamente la terminología que usaba el autor de *Camino*, Josemaría Escrivá, al hablar de su libro, incluso para titularlo en su primera edición de 1934. No había, pues, que ir tan lejos para encontrar la solución. Nada tan lejos del aforismo como el estilo abierto, franco y dialogante de *Camino*. El aforismo es un género minoritario y difícil, lo que está en contra de la gran difusión de la obra de Escrivá. Que también se puede leer seguida, porque los puntos están encadenados temáticamente, hasta que el lector encuentra el que le interpela.

Precisamente su estilo dialógico es lo que, en la opinión de muchos, ha sustentado gran parte del éxito de *Camino*. Existen libros de sentencias espirituales, algunos ya citados, como el de Santa Teresa recopilado por Ossó, que pueden ser, si se quiere, más profundos. Los hay que reproducen más o menos literalmente frases de los Evangelios. Pero también sus sentencias son más densas, más cerradas. Hay que leerlas espaciadamente. Lo que distingue a *Camino* respecto a estas obras es su estilo directo, muy concreto, muy afectivo, y en diálogo con el interlocutor. No es un libro de pensamientos abstractos, sino de sugerencias muy concretas. Que se dirige directamente al lector, le interpela, apela a su imaginación y a su corazón, es un libro «que habla».

Aunque menos «coloquial» en el modo, también *La imitación de Cristo* tiene muchas frases en segunda persona desde el primer capítulo: «¿Qué te aprovecha disputar altas cosas de la Trinidad, si no eres humilde, por donde desagradas a la Trinidad?» También ambas obras son una recolección de pensamientos espirituales. Algunos han discutido si el *Kempis* es un *rapiarium*, un género literario (Dict. Spir.,

XIII, 114-119) propio de la *devotio moderna*, en la que aquel nació. Un *rapiarium* es una colección de citas y notas, tomadas de diversas lecturas y destinadas a la vida espiritual del compilador (*diversa raptim undique collecta*). Pero otros niegan tal filiación, puesto que la *Imitación* no copia textos ajenos, sino pensamientos del propio autor (Dict. Spir., VII, 2358). Y eso es lo que hace precisamente el autor de *Camino*. Hay, pues, similitudes formales entre ambas obras. Por eso ha sido frecuente comparar *Camino* con el Kempis, llamándolo «el Kempis de los tiempos modernos» (Pedro Rodríguez en p. 157, y en algunas ediciones del mismo libro: p. 1073). Pero esta asimilación no me parece muy convincente. Junto a paralelismos formales innegables, se trata de dos espiritualidades distintas con distintos destinatarios. Y aun el estilo directo del Kempis es muy diferente del lenguaje informal y desenfadado que podemos encontrar en *Camino* (como en el punto 449). Aparte de que la frase suena a la sustitución de un Kempis por otro, y no es ese el caso.

Permitásemme una indicación mínima. Cuando se habla del que fue durante años director espiritual (p. 27, 46: «mi director») de San Josemaría, se le llama, aquí y en otras obras, «el P. Sánchez» sin más. A los jesuitas les suena muy extraño, y alguna vez se ha escrito, pues ellos lo conocen, habiendo tantos Sánchez, como «el P. Sánchez Ruiz» o «el P. Valentín» (Valentín M.^a Sánchez Ruiz, autor de un muy reeditado misal de los fieles). Se explica, porque el mismo Escrivá lo llamaba, por brevedad y familiaridad, simplemente «el P. Sánchez» (p. 35, 52, 711, 728) o cariñosamente «mi P. Sánchez» (p. 46, 411, 479, 598, 812), al no haber posibilidad de confusión en su contexto. Pero el uso de solo el primer apellido, tan corriente, sin el acompañamiento del segundo o del nombre de pila, ahora impide identificarlo y parece despersonalizarlo.

Camino se convirtió en muy poco tiempo en un clásico de la espiritualidad. Por eso se merecía el gran esfuerzo que supone esta monumental edición crítico-histórica, realizada, con tanto equilibrio como pluralidad de saberes, por Pedro Rodríguez. Repito: una edición que amplifica, enriquece y potencia sus «consideraciones espirituales» a partir de sus propias fuentes, y que muestra su enraizamiento en la espiritualidad y teología católicas.

G. M. Verd Conradi

GONZÁLEZ BALADO, J. L., *El bendito Juan XXIII*. Biblioteca de Autores Cristianos. BAC 638. Madrid 2003. 361 págs. ISBN 84-7914-664-8.

El autor ha sabido reflejar en cada capítulo de esta biografía sobre Ángel Roncalli, el bendito Juan XXIII, la sencillez y el optimismo de su héroe; hace revivir en toda su autenticidad su mensaje estimulante, expresado con palabras tomadas del *Diario del alma*, de sus cartas, y también de discursos y confidencias, en gran parte hasta ahora inéditos. Se detiene especialmente en los años primeros, en sus primeras misiones eclesiales, menos conocidas o divulgadas; con gran agilidad presenta las dificultades de su tarea, su actitud ante ellas, y la sencillez de su proceder siempre.

Se echa de menos más detención en los años de su pontificado papal: cómo actuó en medio de las posiciones encontradas durante la preparación, y, sobre todo, en la primera sesión del Concilio Vaticano II; también algo de su labor en el fracasado sínodo romano; incluso su aceptación de algún discutido documento, como la *Veterum sapientia*, que urgía el uso del latín en la docencia de la teología.